

el su hablar. Esto es, derritióseme el alma en amor y pena, en haberle oído, y verle ido: mas iré, y le buscaré, y le daré voces, henchiré el aire del sonido de su nombre porque me responda y venga á mí: mas ay de mí! que procurándolo, no le hallo, y llamándole no me responde. Y así con grande angustia añade luego: *Busquéle, y no le hallé, llaméle y no me respondió;* de do se entiende la ansia con que andaría (1). Y cuenta juntamente las desgracias, que tras esto le acontecieron, buscando á su Esposo, que encontraron con ella las guardas, que de noche guardan, y rondan la ciudad: /y como entre los tales siempre hay capeadores y ladrones, y gente traviesa, y descomedida, dice, que la hirieron dándole algunos golpes, como á mujer sola, y la quitaron el manto, ó mantellina con que se cubría, y socorrieron á su pasión con esta buena obra. Y así dice:

8. *Topáronme las guardas que rondan la ciudad, y quitaronme el manto de sobre mí,* esto es, con que me cubría: *las guardas de los muros.*

Esto va dicho así, no porque aconteciese de esta manera á la hija de Faraón, y Esposa de Salomón que aquí se entiende, y habla; sino porque á la persona enamorada que representa le es muy conforme, y propio, buscar con semejante ansia en todos, y en semejantes tiempos á sus amores: y con el andar de noche, siempre andan juntos tales acontecimientos.

Según el espíritu, es gran verdad, que todos los que con ansia buscan á Cristo, y á la virtud, estropezan primero (2) en grandes estorbos, y contradicciones; y es cosa de gran consideración, que los que tienen de oficio la guarda, y la vela, y el celo del bien público, y en quien de razón había de tener todo amparo la virtud, esos por la mayor parte la persiguen y maltratan.

por decir verdad, todo su trabajo es menor, en comparación de que Dios se le esconda. Porque demás de la soledad, y desamparo que siente grandísimo, la parte del sentido flaca envía imaginaciones aborrecibles al alma, que le son de increíble tormento, unas veces desesperando de Dios, y otras teniéndose por olvidada de Él, y otras sintiendo menos bien de su piedad, y clemencia. (*Exposición de Job, tom. II, pags. 108 y 109.*)

(1) El impreso con otros manuscritos, *quedaba.*

(2) Algunos manuscritos con el impreso, *estropezan siempre.*

9. *Conjúroos, hijas de Jerusalém, que si halláredes á mi querido.*

Con la mayor ansia y pena que sentía de no hallar á su Esposo (1), no echa mucho de ver, ni se agravia del mal tratamiento, que de las guardas recibía; y así en lugar, ó de quejarse de su descomedimiento, ó recogerse á su casa, y huir de sus manos, ruega á las vecinas de Jerusalém, que la den nuevas de su amor, si le han visto; y si no, que se lo ayuden á buscar. Que es propio del verdadero amor crecer mas, cuanto más y mayores dificultades, y peligros se le ofrecen, y ponen delante. Dice más: *Más qué le contaréis?* Esto es, qué le diréis? Y responde ella así, y dice: *Enferma soy de amor.* Conforme á lo que comunmente se suele decir en nuestra lengua: Decidle que perezco, que me fino de amor. Y es de considerar, que aunque estaba fatigada de buscarle, y maltratada, y despojada por el descomedimiento de los que la toparon, no le manda decir, ni su congoja, ni su cansancio, ni el trabajo que ha puesto en su busca, ni los desastres sucedidos, sino sólo que perezco por su amor por dos causas. La una, porque esta pasión como la mayor de todas vencía el sentimiento de las demás, y las borraba de la memoria: la otra porque ninguna casa podía ni era justo, que pudiese más con el Esposo para inducirle á que volviese, que saber el ardiente, y vivo amor de la Esposa. Porque no hay cosa tan eficaz, ni que pueda tanto con quien ama, que saber, que es amado, que siempre fué el cebo, y piedra imán del amor (2).

El mismo amor introduce aquí algunas mujeres de Jerusalém, que como la oyeron, parte maravilladas de que una

(1) El impreso y otros manuscritos introducen aquí estas palabras, *que le duele más que todo el resto.*

(2) Cristo Esposo de las almas santas, él mismo se forja los amigos, y les pone en el corazón el amor en la manera que él quiere. Y cuanto de hecho quiere ser amado de los suyos, tanto los suyos le aman. Pues cierto es, que quien ama tanto como Cristo nos ama, quiere y apetece ser amado de nosotros por extremada manera. Porque el amor solamente busca, y solamente desea al amor. Y cierto es, que pues nos hace que le seamos amigos, nos hace tales amigos, cuales nós quiere y desea; y que pues enciende este fuego, le enciende conforme á su voluntad vivo y grandísimo. (*Nombre de Amado, tom. III, pág. 341.*)

doncella tan bella á tal hora anduviese buscando con tanta ansia á su amado, y parte movidas á lástima, y compasión de su ardiente deseo, le preguntan, cuál sea este su amado, por quien tanto se aqueja; y en qué se aventaja á los demás, que merezca el extremo que hace buscándole á tal hora, lo cual otra no haría: creyendo, ó que esto nacía de grandeza de amor ó de alguna locura, ó por ventura, por él ser digno, y merecedor de todo esto. Y así dicen:

10. *Qué tiene el tu amado más que otro amado, oh hermosa entre las mujeres? qué tiene tu amado sobre otro amado, porque así nos conjuraste?*

Que es decir, en qué se aventaja, ó se diferencia éste que tú amas entre los demás mancebos y personas, que pueden ser queridas? Y esto pregúntalo por dos fines, el uno por saber la causa del grande, y excesivo amor, que le muestra, que era razón que fuese por alguna señalada ventaja que hiciese su Esposo á los demás hombres: lo otro, para por las señas que diese, poderlo conocer, cuando le vieses. A lo cual responde:

11. *Mi amado blanco y colorado, trae la bandera sobre los millares.*

Da al principio la Esposa señas de su Esposo generalmente, diciendo, que es *blanco y colorado*; y después va señalando las partes de su belleza cada una en su lugar (1). Dice

(1) Pongamos los ojos en aquesta acabada beldad, y contemplémosla bien, y conoceremos que todo lo que puede haber de Dios en un cuerpo, y cuanto le es posible participar de él, y retraerle, y figurarle, y asemejársele, todo esto con ventajas grandísimas entre todos los otros cuerpos resplandece en este del Esposo: y verémos que en su género, y condición es como un retrato vivo y perfecto. Porque lo que en el cuerpo es color.... el cual resulta de la mezcla de las cualidades y humores que hay en él, y que es lo primero que se viene á los ojos, responde á la liga, ó si lo podemos decir así, á la mezcla, y tejido que hacen entre sí las perfecciones de Dios. Pues así como se dice de aquel color, que se tiñe de *colorado*, y de *blanco*, así toda aquesta mezcla secreta se colora de sencillo y amoroso. Porque lo que luego se nos ofrece á los ojos cuando los alzamos á Dios, es una verdad pura, y una perfección simple y sencilla que ama. Y así mismo la *cabeza* en el cuerpo dice con lo que en Dios es la alteza de su saber. Aquella pues es de *oro de Tíbar*, y aquesta son tesoros de sabiduría. Los *cabellos* que de la cabeza nacen, se dicen

pues, sabed, hermanas mías, que el mi amado es *blanco y rojo*, porque de lejos le conozcáis con la luz de estos colores, que son tan perfectos en él, que entre mil hombres se diferencia, y hace raya, y se lleva la bandera. La palabra hebrea es *dagul*, que viene de *daguel*, que es la bandera; y así *dagul* propiamente quiere decir el alférez: y de allí por semejanza se aplica, y trae á significar todo aquello, que es señalado en cualquiera cosa, como es señalado el alférez entre los de su escuadrón. Y así san Jerónimo atendiendo más al sentido, que á la palabra, tradujo *escogido entre mil*. En las cuales palabras se entiende una como reprehensión encubierta de la Esposa, á las que le piden las señas de su Esposo. Como si dijese: No hay para qué os diga quién, y cuál es mi Esposo, ¡que

ser *enriscados y negros*: los pensamientos, y consejos que proceden de aquel saber son ensalzados y oscuros. *Lós ojos* de la providencia de Dios, y los *ojos* de aqueste cuerpo son unos: que estos *miran como palomas bañadas en leche* las aguas; aquellos atienden y proveen á la universidad de las cosas con suavidad y dulzura grandísima, dando á cada una su sustento, y como digamos su leche. Pues qué diré de las *mejillas*, que aquí son heras olorosas de plantas, y en Dios son su justicia y su misericordia, que se descubren, y se le echan más de ver, como si dijésemos en el uno, y en el otro lado del rostro? Que como es escrito: *Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad*. Y la *boca*, y los *labios*, que son en Dios los avisos que nos da, y las Escrituras santas donde nos habla, así como en este cuerpo son *violetas, y mirra*; así en Dios tienen mucho de encendido y de amargo, con que encienden á la virtud, y amargan, y amortiguan el vicio. Y ni más ni menos lo que en Dios son las *manos*, que son el poderío suyo para obrar, y las obras hechas por él; son semejantes á las de este cuerpo, hechas como *rollos de oro rematados en Tharsis*, esto es, son perfectas y hermosas, y todas muy buenas como la Escritura lo dice: *Vió Dios todo lo que hiciera, y todo era muy bueno*. Pues para las entrañas de Dios, y para la fecundidad de su virtud, que es como el *vientre* donde todo se engendra; qué imagen será mejor que este *vientre blanco*, y como *hecho de marfil, y adornado de zafiros*? Y las *piernas* del mismo, que son hermosas y firmes, como *mármoles sobre basas de oro*, clara pintura sin duda son de la firmeza divina no mudable, que es como aquello en que Dios estriba. Es también *su semblante como el del Libano*, que es como la altura de la naturaleza divina, llena de majestad y belleza. Y finalmente *es dulzura su paladar, y deseos todo él*: para que entendamos del todo cuán merecidamente este cuerpo es llamado imagen, y faces, y cara de Dios, el cual es dulcísimo y amabilísimo por todas partes. (*Nombre de Faces, tom. III, págs. 45 y sig.*)

entre mil que esté se echa de ver, y se descubre. Pero prosigue relatando sus propiedades, porque es natural del amor deleitarse, y como saborearse de traer siempre en la memoria, y en la boca á lo que ama, por cualquiera ocasión que sea. Pues dice:

12. *Su cabeza como oro de Tíbar, sus cabellos crespos, negros como cuervo.*

Esto es, su cabeza es gentil mucho, y bien proporcionada, como hecha de oro acendrado sin ninguna falta, ni tacha. Porque es cosa usada en todas las lenguas, para decir de cualquiera cosa, que es perfecta, y agraciada, decir, que es hecha de oro, y por eso lo dice la Esposa aquí, y no por ser rubios los cabellos, que como verémos, eran negros los del Esposo. Porque en las tierras orientales, y en todas las tierras calientes tienen por más galano el cabello negro, como aun hasta hoy se precian de él los moros. Y así añade: *Sus cabellos crespos, negros como cuervo.* Y cierto al rostro de un hombre muy blanco, mejor le están los cabellos, y barba negra, que los rubios, por ser colores contrarios, que el uno da luz al otro. Do dice, *crespos*, la palabra hebrea, que es *taltalim*, que viene de *talal*, quiere decir *cerro*, ó promontorio de tierra levantado en alto: y de ahí se viene á decir de los cabellos crespos, que torciendo las puntas hácia arriba, se levantan en alto; que sería, como si dijésemos en castellano, enrizados. Dice mas:

13. *Sus ojos como los de la paloma junto á los arroyos de las aguas, bañadas en leche, junto á la llanura.*

Ya he dicho que las palomas de aquella tierra, que ahora llaman tripolinas, son de bellísimos ojos, y parécenlo mucho más con las cualidades que añade luégo, *junto á los arroyos de las aguas*: porque señaladamente cuando salen de bañarse, les relucen y centellean en gran manera, y los que las compran, suelen con la mano mojada fregar los ojos, y en aquel relucir y relampaguear de ellos, conocen su firmeza. Y así dice la Esposa, que los ojos de su Esposo son tan hermosos, como los de las palomas cuando más hermosos se les ponen: que es cuando se lavan en las corrientes de las aguas donde se bañan, y cobran una particular gracia. *Bañadas en leche*, esto es, blancas como la leche, que es la color que más agrada en las palomas. *Reposan sobre la llenura.* Quise decir así, por

dar lugar á todas las diferencias de sentidos, que los Expositores é Intérpretes imaginan aquí, dándonos esta libertad el original, donde puntualmente se dice por las mismas palabras. Algunos entienden, que *Uenura* aquí debe ser de agua, cuales son los rios grandes y estanques. De este parecer es San Jerónimo, y así traslada, *que reposan junto á los rios caudalosos, y muy llenos*, que es repetir sin mucha necesidad lo mismo que acaba de decir, *junto á las corrientes de las aguas.* A otros les parece, que por este *lleno*, que dice aquí, será bien entender vasos grandes llenos de leche, en que imaginan haberse bañado las palomas de quien se dice esto, *bañadas en leche.* Pero esto es cosa muy ajena, y muy torcida. Podriase decir, que por cuanto la palabra *mileoth*, que en lo que suena, significa *Uenura*, y *hinchimiento* en algunos lugares de la sagrada Escritura, y por ella se explica lo que es perfecto y acabado, porque todo lo tal está lleno en su género; *que estar en Uenura* las palomas bañadas en leche, quiere decir, que están del todo, y enteramente bañadas, esto es, que son perfectamente blancas, sin tener mezcla de otra color. Y conforme á esto dirá la letra: *Sus ojos como palomas junto á las corrientes de las aguas, que se bañan en leche, y quedan enteramente bañadas.*

El sentido cierto es, que la palabra hebrea, que habemos dicho, significa todo aquello, que teniendo algún asiento, ó lugar vacío, ó señalado para su asiento, hinche bien el tal lugar viniendo medido con él, como un diamante, que iguala bien con su engaste, y una paloma que hinche el agujero, ó la poyata donde hace nido. Pues porque las palomas señaladamente parecen bien en uno de dos lugares, ó junto al arroyo do se bañan, ó puestas en el nido (como se vió arriba, donde por mayor encarecimiento y requiebro, el Esposo llamó á la Esposa *paloma puesta en el agujero del paredón*, esto es, en su nido) por esta causa aquí la Esposa para encarecer los hermosos ojos del Esposo, compáralos á los de la paloma, en aquellos lugares adonde está más hermosa, y parece muy mejor. Y así dice, son como de palomas junto á las corrientes de las aguas, ó como de palomas blanquísimas, que con su gentil grandeza hinchen bien, y ocupan, y hacen llenos sus nidos, donde reposan.

14. *Las sus mejillas como hileras de yerbas, y plantas olorosas.*

Por las mejillas se entiende todo el rostro (1), el cual dice que es tan hermoso, y tan bien asentado, y de tan gentil parecer y gracia, cuanto lo son, y parecen unas heras de yerbas y plantas aromáticas, puestas por gentil orden y cuidadas con gran cuidado y regalo; como se ponen y crián en Palestina, y Judea, y las más tierras de Oriente, donde la Esposa habla; y adonde se dan estas yerbas más que en otra parte. Pues como son tan hermosas estas hileras en igualdad, color y olor, y parecer; así lo es, y no menos, el agraciado rostro del Esposo; y así añade, *como flores olorosas*. Dice más: *Los sus labios como azucenas*. Dioscórides, que trata de ellas (2), confiesa, que hay un género de azucenas coloradas como carmesí, de las cuales se entiende en este lugar ser semejantes á los labios del Esposo, que no sólo eran colorados, sino olorosos también: y por eso añade: *De los cuales destila mirra que corre*; esto es, fina y preciada, como habemos dicho. Es muy de considerar aquí el grande artificio con que la rústica Esposa loa á su Esposo: porque los que mucho quieren encarecer una cosa alabándola, y declarando sus propiedades, dejan de decir los vocablos llanos y propios, y dicen los nombres de las cosas en que más perfectamente se halla aquella cualidad de lo que loan, lo cual da mayor encarecimiento y mayor gracia á lo que se dice. Como aquel gran poeta toscano, que habiendo de loar los cabellos, los llama oro, á los labios grana, á los dientes perlas, y á los ojos luces, lumbres ó estrellas: el cual artificio se guarda en la Escritura sagrada, más que en otra del mundo. Y así vemos, que aquí procede la Esposa de esta manera: porque diciendo de los ojos, que son de paloma, dice más que si dijera que eran hermosos; y las mejillas como las hileras de las plantas, las loa más que si dijera, iguales, y parejas, y graciosas. Y por la misma manera alaba las manos diciendo:

15. *Las sus manos rollos de oro, llenos de tharsis.*

(1) El impreso y otros manuscritos añaden: *y todo lo que en español llamamos faces.*

(2) Dioscor., lib. I de *Mat. Medic.*, cap. iv.

En lo cual alaba la gracia y composición de ellas, por ser luengas, y los dedos rollizos, tan lindos, como si fueran torneados de oro. La piedra *tharsis*, que se llama así de la provincia adonde se halla, es un poco como entre rosa y blanca, según la pinta un hebreo antiguo llamado *Abenezra*. Y conforme á esto da á entender la Esposa las uñas, en que se rematan los dedos de las manos, que son un poco rojas y relucientes, como piedras preciosas de *tharsis*. Y por tanto las manos en su hechura, y con sus uñas, serán como rollos de oro rematadas en *tharsis*: que aquí en decir las manos ser *rollos de oro*, solamente habla de la hechura y gracia de ellas; que del color ya ha dicho que son blancas, cuando dijo arriba, mi Esposo es blanco, y colorado. Luégo dice por el mismo estilo y semejanza de hablar:

El su vientre blanco diente adornado de zafiros.

Su vientre, esto es, su pecho, y sus carnes: *es blanco diente*, esto es, de marfil, que se hace de los dientes del elefante, que son blanquíssimos: *adornada de zafiros*, que son piedras de gran valor, bermejas algo al parecer. Que es decir, todo es así lucido y resplandeciente, como una pieza de marfil cercada de piedras preciosas.

16. *Sus piernas como columnas de mármol, fundadas sobre basas de oro fino.*

En que se muestra la firmeza, y gentil postura, y proporción de ellas. Y tras esto, habiendo loado á su Esposo tan en particular, como habemos dicho, señalando su belleza por sus partes desde la cabeza hasta los piés, torna como no bien satisfecha de lo dicho, ni de las señas que ha dado, á comprender en breves palabras lo que ha publicado, y aun mucho más, diciendo:

El su semblante como el del Líbano.

En lo cual se muestra con harta significación la majestad, hermosura y gentil compostura del cuerpo y de las facciones de su Esposo; como lo es cosa bellísima, y de grande demostración de majestad, un monte alto, cual es el Líbano, lleno de espesos y deleitosos árboles, al parecer de los que le miran de lejos. Dice más: *Erguido como cedros*. En nuestro castellano, loando á uno de bien dispuesto, suelen decir, dispuesto como un pino doncel; que así el cedro como el pino, son ár-

boles altos y bien sacados (1). Donde decimos, *erguido*, la palabra hebrea es *Bachur*, que quiere decir *escogido*, y es propiedad de aquella lengua llamar así *escogidos* á los hombres altos y de buen cuerpo: porque á la verdad, la disposición los diferencia y hace como escogidos entre los demás. Así se dice en el primero libro de los Reyes (I. Reg., cap. ix), que tenía el padre de Saul un hijo llamado Saul, escogido y bueno, esto es, hermoso, y bien dispuesto, como de hecho lo era Saul. Y en el cuarto (IV Reg., cap. xix), en una profecía contra el Rey Ezequías se dice: *Cortaron sus escogidos cedros*, esto es, los más altos y levantados. Y en el capítulo último del Eclesiastés (Eccles., cap. xi, v. 9), donde dice la letra vulgar: *Date al placer, mancebo, en tu juventud, que presto te pedirán cuenta*; está en el original la misma palabra *Bachur*, que es puntualmente como si en nuestro español dijera: *huelgate, erguidillo*. En lo cual, como se ve, usa el Espíritu santo de un donaire de decir por el cabo bellissimo: que siendo su intento en aquellas palabras, debajo de una artificiosa disimulación, y como permitiéndoselo á los mancebos, escarnecer de su liviandad, que se dan siempre al buen tiempo, y se andan, como dicen, á la flor del berro, desacordados de lo que está por venir y les puede suceder: así que siendo su intento del Espíritu Santo reprender mofando el desacuerdo de los mancebos, y amenazarlos con la pena; no los llama *mancebos* por el nombre propio de su edad, sino llamándolos *erguidillos*, usó de nombre, que declara su natural brio de los tales, y su altivez y lozanía: que son las fuentes de donde nace todo aquel no curar de lo por venir, y aquel coger sin rienda, ni medida, el fruto del deleite y pasatiempo presente, que tanto reprende. Pues tornando á nuestro propósito, concluye la Esposa, diciendo:

17. *El su paladar*, esto es, su habla, *dulzuras*; que es decir, dulcísimo, suavísimo: *y todo él deseos*, esto es, todo él amable, y tal que convida por todas partes, y con todas sus cosas, á que lo deseen los que lo ven y se pierden por él. *Tal es mi amado, tal es mi querido, hijas de Jerusalém*; como si

(1) El impreso y algunos manuscritos, *salidos*.

añadiendo dijese, porque veais si tengo razón de lo buscar y de estar ansiada en no hallarle (1).

Sabidas las señas y facciones del Esposo por aquellas dueñas, y conociendo con cuán justa razón la tierna enamorada Esposa se acuita y atormenta por su ausencia, y moviéndolas á gran compasión su tormento, con deseo de remediarlo, piden de nuevo á la Esposa, que si lo sabe, les diga hácia dónde cree ó imagina haberse ido su amado, porque se le ayudarán á buscar. Y así dicen:

18. *¿A dónde fué tu amado, oh bellissima entre las mujeres? ¿hácia dónde se volvió tu amado, y buscarlo hemos contigo?* A lo cual parece que responde en el principio del capítulo que se sigue diciendo.

(1) Esta ansia de la Esposa en buscar al Esposo, y la angustia que padece por no hallarle, nos hace ver, y nos demuestra la fuerza del amor de Jesucristo que han experimentado en sí innumerables santos, que han poblado los desiertos. Por amor de este *Amado*, y por agradarle, ¿qué prueba no han hecho de sí infinitas personas? Han dejado sus naturales, hánse despojado de sus haciendas, hanse desterrado de todos los hombres, hanse desencarnado de todo lo que se parece, y se ve; de sí mismos, de todo su querer, y entender hacen cada día renunciación perfectísima. Y si es posible enajenarse un hombre de sí, y dividirse de sí misma nuestra alma, y en la manera que el Espíritu de Dios lo puede hacer, y nuestro saber no lo entiende; se enajenan, y se dividen amándole. Por él les ha sido la pobreza riqueza, y paraíso el desierto, y los tormentos deleite, y las persecuciones descanso: y para que viva en ellos su amor escogen el morir ellos á todas las cosas, y llegar á desfigurarse de sí, hechos como un sujêto puro sin figura ni forma, para que el amor de Cristo sea en ellos la forma, la vida, el ser, el parecer el obrar, y finalmente para que no se parezca en ellos más de su *Amado*. Que es sin duda el que sólo es *amado* por excelencia entre todo. ¡Oh grandeza de amor! ¡Oh el deseo único de todos los buenos! ¡Oh el fuego dulce, por quien se abrasan las almas! Por tí, Señor, las tiernas niñas abrazaron la muerte. Por tí, la flaqueza femenil holló sobre el fuego. Tus dulcísimos amores fueron los que poblaron los yermos. Amándote á ti, ¡oh dulcísimo bien! se enciende, se apura, se esclarece, se levanta, se arroba, se anega, el alma, el sentido, la carne. (*Nombre de Amado, tom. III, páginas 352 y 353*).